

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

LA HERMOSURA.

[TRADUCCIÓN:]

La hermosura goza de las mis-
 ras preeminencias en el cielo que
 a la tierra, y por eso hasta los mis-
 mos dioses han combatido por ella.
 Nada hay tan precioso como la her-
 mosura, porque solo ella da valor
 a todas las cosas. En efecto, todo
 es nada por ella, y nada sin ella es
 nada ni digno de admiracion. Otra
 virtud cualquiera puede adquirirse
 perfeccionarse por el arte ó por
 experiencia. La naturaleza sola da
 la hermosura con la existencia, y
 ninguno es dueño de tener mas que
 lo que ha recibido de la natura-
 leza. Ningun estudio ni artificio
 puede suplirla, ni tampoco aumen-
 tarla, porque es un tesoro cuya dis-
 posicion se han reservado los dio-
 ses. Ciertas ventajas son sin duda
 buenas, á aquellos que las poseen; pe-
 ro son al mismo tiempo odiosas para
 los demas. La fuerza inspira temor,
 la riqueza envidia; pero la hermo-

sura no escita sino amor y admira-
 cion. Solo ella carece de enemigos;
 solo ella no es susceptible de tener-
 los; porque todos los bienes, tales
 como la fuerza, la riqueza y aun la
 misma gloria, son parte para con-
 tentar solamente á los que las po-
 seen, en vez que la hermosura es
 el bien de todos cuantos tienen ojos
 y corazon, pues parece haber sido
 el legado de algunos individuos pa-
 ra la felicidad de todos. Aun las ca-
 lidades mas laudables del entendi-
 miento y del corazon quieren ser
 conocidas para ser estimadas, y solo
 obtienen del tiempo los sentimien-
 tos que se les conceden; pero la her-
 mosura para hacerse amar no nece-
 sita sino manifestarse. Una ventaja
 que tiene ademas sobre todos los do-
 nes naturales ó adquiridos es que al
 propio tiempo que agrada inspira el
 deseo de agradar. Ella morigera á
 los hombres y endulza la vida: ella

escita en un alma noble el entusiasmo de la gloria, y hace resplandecer mas virtudes que todas las lecciones de la moral y de la filosofía: ella presta al genio energía, y las artes que ha creado les son deudas, así como de su origen, de sus obras mas acabadas, teniendo todos por único objeto agradar é instruir por la imágen de lo bello tomada de la naturaleza. Pero si esta imágen tiene el poder de cautivar el alma y de encantar nuestros sentidos ¿qué serémos á vista de su modelo? ¿cuán sublime no deberá ser en sí misma una cosa, cuya sola representacion infunde en nosotros tan delicioso encanto! Por lo que á mí hace, nada hallo que reciba con mas justicia los homenajes de la tierra. Un héroe coronado de gloria, por

haber ganado batallas, tomado ciudades, fundado imperios, sabe por experiencia propia que es mas fácil conquistar el universo que hacerse adorar, y á trueque de tantos afanosos trabajos, apénas obtiene en su muerte un lugar entre los semidioses. Una hermosa no tiene necesidad sino de nacer para verse elevada á la altura de las diosas, pues tan pronto como aparece en el mundo goza de su apoteosis. No hay que decir que tendrá un lugar en el cielo, pues como se supone bajada de él, todos los votos que se hacen son para que permanezca en la tierra. Así es cómo Elena, adorada de todos, vió á los dioses y á los hombres disputarse la posesion de su hermosura.

REQUERDOS DE BAENA.

A mi amigo D. Melchor Gomez de Celaya.

Sobre una altura escarpada,
Cuyo aspecto adusto admira,
Por los siglos respetada
Una poblacion alzada,
Cual roca inmensa, se mira.

Villa fuerte y fronteriza,
Que fuera terror del moro,
En cuyas faldas hechiza
Un rio, que se desliza
Por entre arenas de oro.

Cien robustos torreones
Ennegrecidos ostenta,
Que en diferentes acciones
Defendieron infanzones
Y caballeros de cuenta.

Y tiene en su centro el Coso
Donde el árabe gentil
Jugó sortijas airoso,
Y corrió cañas fogoso
Al tañer del añafil.

Donde arrogante el cristiano
Robustas lanzas rompió,
Cuando el pendon castellano
En mengua del mahometano
Sus altas torres ornó.

Y está en su cumbre elevada
La pintoresca Almedina,
Del moro tan celebrada;
Que hora yace abandonada,
Y á ser escombros vecina.

Y en ella tambien se vé
La encumbrada fortaleza,
Que en tiempos remotos fué
El emporio de la Fé
Y el solio de la nobleza.

Y tiene al pié de su muro
Fértil vega (dó Florinda
Llorára su amor impuro)
Que en su ambiente fresco y puro
Placer y contento brinda.

Allá en su mansion umbría
Sujetaron á Boabdil
Cadenas de argentería,
Que se rompieron un día
En la márgen de Genil.

Sus armas ennoblecidas,
Triunfantes en mil batallas,
Mantienen allí esculpidas
Cinco cabezas rendidas
Delante de sus murallas.

De veinte pueblos señora
Alza su almenada frente,
Y al lucir la nueva aurora
Recibe allí vencedora
El homenaje de Oriente.

Envuelta en velo sutil,
Y celajes de arrebol
Ve á sus plantas bellas mil,
Que compiten con Abril
Y eclipsan al mismo Sol.

Las hermosas circacias
A su lado no son bellas;
Ni tampoco las georgianas
Alzan sus frentes ufanas
Donde la levantan ellas.

Que es mucha su gentileza,
Y sin igual su apostura;
Y aventajan en pureza
Al tipo de la belleza,
Que les diera la hermosura.

Sus negros ojos abrasan:
Al mirar solo estasian...
Y por dó quiera que pasan
Mil corazones traspasan
Con los destellos que envian.

Suave y dulce es su aliento,
Cual brisa leve y fragante,
Que con muelle movimiento
Da al valle vida y contento,
Besando la flor galante.

Sus voces son eco blando
De los celestiales coros,
Que, al Dios Supremo cantando,
Están los Cielos llenando
Con sus acentos sonoros.

Y van siempre recatadas;
Porque saben que alucina
El candor de las tapadas,
Y que son mas apreciadas
Con su astucia peregrina.

Pero al traves de su velo
Dejan un rostro mirar,
Que los ángeles del Cielo,
Si descendiesen al suelo,
Les tuvieran que envidiar.

No llevan en su peinado
Ni perlas, ni orfebrería;
Pero tienen vinculado
El gracejo celebrado,
Que imprime la Andalucía.

Las hermosas circacias
A su lado no son bellas;
Ni tampoco las georgianas
Alzan sus frentes ufanas
Donde la leyantan ellas.

J. A. DE LOS RÍOS.



LA HIJA DE ABEN-JUSEPH,

original

de D. Manuel Cañete.

(Conclusion.)

CAPÍTULO III.

Un proyecto de venganza.

Ahora falta que el valor
Tome valiente venganza:

[*El triunfo del Ave-Maria.*]

Batallaba Garci-Fernandez con las distintas sensaciones que le agitaban, y la sombra de Tello le perseguía, mientras que sus últimas palabras, resonando aun en su corazón, venían á presentarle de una manera horrorosa la cruel alevosía que acababa de cometer tan sin causa. Él mismo quería con débiles raciocinios engañarse, fingiéndose bueno y

acertado cuanto había hecho, y andando aceleradamente por su estancia, alumbrada apenas con la opaca luz de una lámpara, discurría su imaginación acerca de su estado; y ora temblaba sobrecogido, cual si se hallase en el tribunal del Eterno delante de su víctima, ora prorumpía en imprecaciones y blasfemias, maldiciendo su miserable estado. Pero como el criminal una vez empezada su carrera ha de llegar rodando hasta el precipicio; Garci-Fernandez, que había abandonado ya la senda de la virtud y degradado su especie con la nota de asesino, debió también rodar de peña en peña hasta llegar al fondo del abismo; y esto es lo que precisamente sucedió. En

medio de la incertidumbre en que se hallaba, ora aterrado, ora furioso, un pensamiento siniestro vino á ocuparle y á ponerle en la situación de cometer otro atentado tan horrible como el primero. Después de haber vacilado por algún tiempo entre si debía acoger ó desechar aquella nueva idea que le ocurriera, dando muestras de contento, y asomando á sus labios una sonrisa infernal, como gozándose ya en el éxito favorable de su empresa, llamó á un criado de su confianza, al cual dió órdenes misteriosas, que él se apresuró á cumplir con el mayor sigilo y diligencia. Negros ensueños le agitaron durante la noche, y en derredor de su lecho veía un lago de sangre que hacía helar la que circulaba por sus venas; empero el día nació, y la luz del Sol, lo mismo que las sombras, le presentaba por todas partes las huellas del crimen que cometiera.

Entretanto corría por Sevilla una noticia siniestra, y varios grupos de hombres del pueblo, susurrando en los sitios más públicos de la ciudad, amenazaban un levantamiento contra los judíos, pocos y débiles para poderle resistir. Habíase encontrado el cadáver del ilustre alcalde mayor D. Tello Hernandez, en la puerta de la casa de Aben-Joseph, y éste preso en el acto por asesino, de lo cual fué acusado ante los jueces, gemía en un oscuro calabozo, pronto á espíar con su vida un delito que no había cometido. Lloraba Esther su desventura en la mayor desolación, y ni las persuaciones de Benjamin que procuraba consolarla, ni

ninguna de cuantas cosas hicieron para distraerla de su pena, pudo acallar en su generoso corazón el sentimiento que le causara la prision de su virtuoso cuanto desventurado padre. A medida que los gritos del populacho se aumentaban, crecía su agitación, y no era ciertamente su riesgo el que temía, era el conflicto en que se hallaba el que la habia dado el sér, lo que aumentaba sus temores.

—Serénate, dulce bien mio, la dijo Benjamin con el acento del mas tierno cariño; serénate y nada temas; tu padre se halla inocente; ¿por qué, pues, tiembblas? Los jueces que han de juzgarle no pronunciarán un fallo que fuera injusto.

—¿Y debo acaso confiar en la justicia que á mi desgraciado padre asiste, cuando en medio de su inocencia gime en un oscuro calabozo privado del aire y de la luz, befado por el populacho que maldice su nombre cual el de un vil asesino? Ah! nó: su riesgo es inminente y puesto que es preciso renunciar á la esperanza de volverle á ver, déjame al ménos llorar nuestra cruel desventura.

—El Dios de Abraham y de Jacob parece que nos abandona en medio de la proscripción que nos envuelve, á sufrir aun mas tormentos de los que hemos padecido. Ya no mira cual un tiempo á los hijos de Israel, y en medio de sus desgracias quédales por único recurso el llanto y la desesperacion. Oh Señor, cuándo llegará el dia que tu cólera se aplaque, y que podamos respirar li-

bres de la tiranía de los cristianos? ¿Habrá por fin para tu nación errante una aurora despejada en la que pueda vivir tranquila en medio de sus hogares, sin temer las asechanzas de tanto descreído que se proclama hijo tuyo? Oh! vuelve, vuelve, Dios piadoso, una mirada de compasión sobre tu pueblo desgraciado, y sálvale de las desdichas que le aguardan!

—Benjamin, querido Benjamin; el Cielo se hace sordo á nuestras súplicas, y la tremenda hora se acerca: el pueblo que grita en esas calles no tardará en saquear nuestras casas; y codicioso de nuestras riquezas, en las cuales se encuentran nuestros delitos, no respetará ni aun las vidas por hacerse dueño de ellas. Esta acción empero será tenida por muy loable; porque... somos judíos, Benjamin, y Dios ha maldecido nuestra proscrita raza!

—Ah! Dios, Esther, es justo y acorre al que le implora; su misericordia no tiene límites; y no está lejos quizás el día en que rompa el cautiverio de los hijos de Judá: mientras llega suframos con paciencia nuestros males: Dios lo ordena y es preciso que todo buen judío cumpa sin murmurar su voluntad. Tal vez tu padre salga libre de esta contienda.

—No lo esperes; hay un hombre cruel que se ha empeñado en perseguirnos, porque le he negado mi amor que el anhelaba; este hombre ha sido el acusador de mi padre, irritado de la repulsa que ha sufrido, y espera sin duda deshacerse de él,

para mofarse de mí, después de haberme deshonrado, creyéndome abandonada de todos.

—¿Y quién es ese infame (dijo ciego de cólera Benjamin), que ha osado poner en tí los ojos, y que ha llevado su villanía hasta el punto de sacrificar en su furor á tu desventurado padre? ¿Quién es, Esther, dime pronto; tengo necesidad de beber su sangre!

—Serénate, Benjamin! Ese hombre cruel, que tan desapiadadamente nos persigue, es Garcí-Fernández: abusando de su poder ha empleado su autoridad en hacer que mi querido padre gima en un calabozo, ó que tal vez perezca, y los jueces que tanto crédito dan á sus palabras, no tardarán en pronunciar una sentencia que el pueblo espera tan impaciente.

—Venganza! gritó Benjamin, rugiendo como un león; venganza! Juro no descansar ¡oh Esther! hasta verter la sangre del infame que ha entregado tu padre á los verdugos!

—Muera Aben-Juseph! Muera el asesino! gritaba el pueblo desenfrenado en las plazas de la ciudad.

—Que perezcan los judíos.

Y estas voces llegando hasta la estancia en que se hallaban Esther y Benjamin, y resonando en sus oídos, hicieron pronunciar á la primera las siguientes palabras:

—La hora ha llegado, Benjamin! Dios ha decretado que perezca su errante tribu, y no está ya lejos el instante. Júrame por la sangre de tus venas morir ó vengarte de nuestros verdugos, y que consentirás pri-

pero en asesinarme, que en verme
entre sus garras!

—Yo lo juro por Dios; Esther
espera! que caiga la cólera celeste

sobre mí si te abandono! Venganza!
solo anhelo vengarme del vil que

pretendido deshonrante!

—Venganza!! gritaron á un tiem-
po, los dos jóvenes, animados del

mas noble sentimiento, mientras que
el pueblo bramandó en las plazas

de Sevilla, pedia con grandes voces
la cabeza de Aben-Juseph, y el es-
terminio de los judíos.

CAPÍTULO IV.

Quien á hierro mata, á hierro muere.

D. ALVARO.

Estos aposentos tiene

Con tu sangre, pues con plantas
Alevos los ofendistes.

CONDE.

Muerto soy! Detente!

CALDERON.

[*El lucero de Castilla.*]

Gozábase ya Garci-Fernandez
en ver el resultado favorable de

su empresa, y se creia dueño de
Esther, á quien pensaba humillar

tanto cuanto le habia despreciado.

Aben-Juseph, declarado asesino de
Tello Hernandez, fué condenado á

la pena de muerte, y su hija no pu-
do llegar hasta él para abrazarle la

última vez, por mas que decidida-

mente lo intentára. Benjamin entre-
tanto habia salvado todas las rique-
zas de Esther, embarcándolas en un
ligero buque, y ella entregada al do-
lor mas acerbo, se mesaba los cabel-
los, rubios como el oro, dando mues-
tras de su horrible desesperacion. La
comocion popular seguia en aumen-
to, y ya rotos los diques que contu-
viéran al pueblo en el cumplimiento
de sus deberes, toda clase de desór-
denes se ejecutaron. Los desventu-
rados judíos eran el blanco de los
tiros de la multitud furiosa, y va-
rias casas habian sido entregadas á
las llamas despues de haber sufrido
un saqueo espantoso. Todo era con-
fusión en la ciudad, y nada podia
contener al populacho, que causaba
desmanes á su sabor. Garci-Fernan-
dez al ver los desórdenes que por
todas partes se cometian creyó que
era llegado el momento que anhe-
laba, y que Esther abandonada de
todos, entregada á la desesperacion
en medio de su orfandad, y amena-
zada de una cercana muerte, no ten-
dria otro remedio que ceder, de gra-
do ó por fuerza, á sus intenciones.
El cielo empero lo habia decretado
de otro modo. Mientras todo era
confusion y alboroto en el barrio de
los judíos, y la chusma saciaba su
ambicion robando á su placer cuan-
to hallára, maldiciendo á los hijos
de Israel, él seguido de un criado se
dirigió á la casa de Aben-Juseph,
que por ser de las mas retiradas no
habia sufrido aun la suerte de las
de los demás judíos. Esther entre-
tanto se hallaba entregada á la mas
cruel desesperacion, y un jóven de

bella figura, sentado junto á una mesa al estilo oriental, con una mano en la mejilla en actitud pensativa; dejaba caer gruesas lágrimas, pudiendo apenas contener su furor, y procurando consolar á la hermosa que en tan extrema afliccion se hallaba. Este jóven era Benjamin, que en medio de sollozos, dijo á Esther:

—Esto no puede durar así por mas tiempo: es menester procurar ponernos en salvo cuanto ántes, y dando treguas á la desesperacion y al llanto, abandonar esta ciudad que se levanta en masa para esterminarnos; muchos de nuestros hermanos han perecido ya, y no es prudente en tan duro conflicto esperar á los enemigos, que tal vez no tarden, y verter un llanto estéril que no ha de vengar á tu desventurado padre.

—Tienes razon, Benjamin, dijo Esther con el acento del dolor; es preciso abandonar á Sevilla, donde hemos visto por primera vez la luz, y huir á países estraños, seguidos de la tremenda proscripcion que nos rodea; porque ya en nuestro suelo natal se respira un aire harto nocivo para nosotros.

Calló la jóven, y despues de un momento de silencio:

—Dispon lo que quieras, dijo á Benjamin, y partamos; puesto que importa la presteza, salvemos cuanto ántes nuestras vidas.

—¿Y hemos de abandonar á Sevilla sin habernos vengado del asesino de tu padre? exclamó Benjamin, dando rienda suelta al furor que por tanto tiempo contuviera; ¿ha de quedar tranquilo el vil que ha sembra-

do las desgracias en nuestro hogar, y atizado la mal apagada hoguera de los rencóres populares? ¡Oh Dios mio! Dios mio! si sois justo, haced que muera por mi mano el pérfido Garcí-Fernandez! Que pueda yo gozarme en su agonía, como él se goza en la nuestra, y devolverle lágrimas por lágrimas, y tormentos por tormentos!

—Calla, Benjamin, no escuchas? Es el rumor del populacho que se acerca desenfrenado; no perdamos un instante si quieres que no perezcamos aquí.

—Nó, Esther, la puerta secreta no es de nadie conocida, y un buque nos espera en el rio; por ella saldremos y nos alejarémos de esta tierra de maldicion, de esta Sevilla tan querida en otro tiempo, y que nos arroja de su seno.

Disponíanse los dos jóvenes á partir, cuando se oyeron pasos en la cámara inmediata: detuviéronse, y echando Benjamin mano á la daga que llevaba en el cinto:

—Alguien se acerca, Esther, dijo; si Dios ha decretado que perezcamos, cúmplase su voluntad.

Abrióse la puerta de la estancia de repente, y apareció en ella un hombre seguido de otro, al parecer de baja esfera.

—Es Garcí-Fernandez! dijo Esther, lanzando un grito de horror.

—Un hombre! gritó aquel al entrar; pero cayó al momento en tierra bañado en la sangre que la daga de Benjamin habia hecho brotar de su corazon: —Yo muero!

Cumple al fin tu destino, descrei-

repuso á su vez Benjamin. Exha-
 el alma entre rabiosos dolores, que
 el fin ha llegado la hora del casti-
 Aben-Juseph! ya el brazo del
 ha de ser tu hijo ha vengado tu
 muerte, y el vil que pretendia des-
 honrarte, muere la tierra donde en
 otros tiempos asentabas tu planta!
 Y agarrando á Esther de la mano
 con violencia, despues de haber hon-
 rado el cuerpo del cristiano, salió
 con ella apresurado por la puerta
 secreta, y se embarcó en el buque
 que los aguardaba y que al punto
 dió á la vela.

En aquel instante llegaba la tur-
 ba amotinada á la casa de Aben-Ju-
 seph, conducida por el criado de
 Garci-Fernandez, que al ver caer á
 su amo moribundo habia huido, y
 un momento despues devoraban las
 llamas aquella casa, sepultando en
 sus escómbros el cadáver del hom-
 bre que habia sido causa de la ruina
 de los que poco ántes la habi-
 táran.

FIN.

Granada.—Abril de 1840.

A DORILA.

ODA.

IMITACION DE LA DE HORACIO.

Ulla si juris tibi pejerati.—OD. VIII, LIB. 2. °

Si el cielo tus juramentos
 Castigára por ventura,
 Si menos bella te hiciera,
 Si brilláran menos puras
 Las rosas de tus mejillas
 Cuando engañas á esa turba
 De inespertos amadores
 Que te asedian é importunan,
 Creyera yo en tus palabras,
 Holgárame en tu hermosura,
 Y el cuello dócil rindiera
 A la amorosa coyunda.
 Cuádrate empero, Dorila,
 Ser inconstante y perjura;

Mil corazones cautivos
 En pos de tí se apresuran:
 Si la palabra quebrantas,
 En el instante que juras,
 Eres muy más seductora,
 Mas gentil es tu hermosura;
 Muy más rosada tu boca
 Cuando un embuste pronuncia,
 Mas brillantes son tus ojos
 Cuando pérfidos adulan.
 Si por los paternos manes,
 O por la Estigia laguna
 (Juramento el más terrible)
 El ser veraz aseguras,

Al ver la gracia y donaire
 Con que tu labio perjura
 Su diestra desarma Jove
 Y los Dioses te disculpan;
 Y aquel travieso rapaz
 Que en sangrienta piedra aguza
 Los dardos que por tu mano
 En nuestros pechos sepulta,
 Maligno se regocija
 Del daño que hacer procura;
 Vénus misma se soure,
 Y en tus perfidias te ayuda.

Por ti emperó primavera
 Nuevas flores acumula;
 Por ti la luz de los cielos
 Brilla mas clara sin duda.

¡Cuántos fervorosos votos

Dirigen por tu ventura
 A los Dioses, esos mismos
 A quienes llenas de angustia!
 Pero al propio tiempo hay otros
 Que maldicen tu impostura,
 Y juran no mas amarte
 De sus padres por la tumba.
 Oye inquieto aquel buen padre
 Lo que de tí se divulga,
 No caiga su hijo en los lazos
 De tu pérfida hermosura;
 Y la mas gentil esposa
 Infel á su esposo juzga,
 Si á mirar llega las gracias
 Qué te otorgó la fortuna.

PEDRO C. LABAT.

A unos ojos negros.

IMITACION DE LA DE HORACIO.
 Soneto.

Émulos de la llama fulgurante
 Que en torrentes de oro el orbe inunda,
 Negros ojos, dó Amor su gloria funda,
 Miran de Luz á su rendido amante.
 De su mirar el rayo penetrante
 Abre en mi corazon llaga profunda,
 En tanto que su fuego le circunda
 Para abrasar mi pecho suspirante.
 Ten lástima de un triste, mi Señora,
 No la existencia tu mirar abruma
 Que la parca tan solo una vez hila.
 Pues tu mirar airado me devora,
 Tu mirar apacible me consume
 Y tu ardiente mirar mi alma apiguila.

Del origen y progresos de la Escritura.

Quando observamos los beneficios innumerables que la escritura ha proporcionado y proporciona á las sociedades, y la grande influencia que ejerce en sus progresos y civilizacion; quando vemos que las naciones de la tierra son acreedoras de los conocimientos científicos y literarios, que por su medio se comunican los pensamientos, atravesando la inmensidad del Océano y la cumbre de los montes, un deseo veheméntísimo viene á ocupar nuestra mente, y preguntamos ¿de dónde tenemos estos signos con los cuales podemos immortalizar los partos de nuestra imaginacion? ¿Qué genio (pues que tan solo un genio pudo inventarlo), qué genio tuvo inspiracion tan brillante? y si éste existió, como debió existir, en una época dada ¿cómo se comunicaron sus ideas los antepasados de este hombre?

Hé aquí, por qué nos proponemos hablar acerca del origen de la escritura y de sus progresos, recopilando las ideas que hasta hoy hemos podido adquirir.

Todas las naciones en su infancia han sido materiales; por eso adoraban al Sol, al buey de oro, en una palabra, á sus ídolos, todos formados de materia: faltas de la filosofía suficiente para comprender el espíritu, no sabían explicar la ma-

yor parte de los fenómenos que pasaban á su vista, y los aplicaban generalmente á causas muy diversas de las que tenían.

En esta infancia de las sociedades y de las naciones, era imposible que los hombres inventasen signos con que expresar las ideas morales; así es que expresaron generalmente las físicas; se quería significar un homicidio, y usando de la pintura, primer género de escritura conocido, figuraban un hombre tendido y otro en pié con un puñal ensangrentado; este modo de comunicar las ideas debió ser altamente imperfecto, porque era imposible que hubiese perfeccion en el dibujo.

También quisieron expresar en las pinturas los sentimientos internos, y esto debió producirles mayor dificultad: ¿cómo pintar en un rostro la ira, la alegría ó la tristeza? A mas; esos otros sentimientos complicados que existen en algunos hombres, como el de una melancolía dulcísima &c., esos que en el estado actual de la sociedad cuestan inmenso trabajo al mejor pintor que quiera expresarlos en un rostro, ¿cómo los retratarían aquellos hombres, cuando en una época posterior á aquella, la pintura consistía en cuatro malísimas pinceladas? Pero este arte se fué perfeccio-

nando: posteriormente los hombres quisieron espresar ideas abstractas, é inventaron medios que se lo facilitasen; entónces dijeron: «la eternidad ni tuvo principio ni tendrá fin, busquemos entre nosotros algun objeto que tampoco le tenga;» — y entónces para espresar la idea de la eternidad usaron del círculo, y así de otros mil objetos para representar otras tantas ideas; este arte fué el de los hieroglíficos ó geroglíficos.

Pero hubo un hombre que llevó á toda su perfeccion el arte de la escritura: dudan los autores quién fuese este hombre, y todas las probabilidades recaen sobre Cadmo; dícese que éste fué el inventor del alfabeto, que entónces constaba de 16 letras; Cadmo fué egipcio, y si alguno ha querido asegurar que el alfabeto nos viene de los Griegos, es porque los Fenicios, animados del espíritu mercantil y sosteniendo relaciones con todos los puntos del globo conocido, lo trasladaron de Egipto á la Grecia; piérdese en la antigüedad la época de esta invencion; pero ella, indudablemente ha producido grandes resultados en beneficio de la civilizacion de los pueblos.

En un punto difieren al hablar sobre la historia de la escritura Blair y Destut-de-Tracy; el primero afirma que el alfabeto es la perfeccion del lenguaje geroglífico; en contra del segundo que lo coloca en el número de las invenciones aisladas; y si bien Blair ninguna prueba aduce en corroboracion de su aserto Destut-de-Tracy las da á nuestro

parecer convincentes, no siendo nuestro ánimo estendernos demasiado, nos contraerémos á la de mas fuerza.

El geroglífico representa siempre la idea; vemos, para valernos de un ejemplo propuesto, el círculo, y concebimos la idea de la eternidad; no así los signos: los signos representan las palabras; la *p. v. gr.* nada nos dice, ni nos da una idea exacta de lo que se quiere espresar, si nó se le añaden otros signos que á ella unidos forman una palabra á la cual unidas otras, representa un pensamiento: por consecuencia, representando los geroglíficos las ideas, y los signos las palabras, el origen es enteramente diverso y nó pueden admitirse los segundos como emanacion ó perfeccion de los primeros.

Réstanos hacer una observacion; el lenguaje de los signos (hoy usado) es un obstáculo para los que intentan formar una lengua europea: porque tienen que combinarlos de tal forma que produzcan sonidos capaces de modificar los que hay en diversas lenguas para una sola palabra: *v. gr.* la voz *Roy* escasi en castellano, *Roy* en francés y *King* en inglés, qué sonido hallaremos capaz de modificar y reunir en uno solo los tres diferentes que esta voz produce respectivamente en cada lengua? pues todo esto juzgamos necesario para formar una lengua, ya que no universal, al ménos europea, por medio de los signos.

No así en el geroglífico porque él representa la idea, tal sucede con los números, y da por resultado el ser iguales en toda la Europa.

Esta es á nuestro parecer la única razón contraria al arte de los siglos; pero tiene en su favor lo mucho que ayuda para comprender con

prontitud los pensamientos y la gran facilidad de su estudio.

F. DE UZURIAGA.

Cádiz.—15 de Abril de 1840.

El Maestro de Dibujo.

—Con que, os anuncia vuestro señor padre la llegada del ilustré novio, decía la vieja Constanza á una joven de diez y seis años, reclinada compensativo ademan en el antepecho de una ventana.

—Sí, ahí tienés; respondió Victoria dando una carta abierta á su amiga, como absorbida por el lánguido murmullo de las ondas del Brenta que corría mansamente bajo los muros de la quinta del conde de Manzini, volvió á su postura triste y melancólica.

—Un marido! exclamó la anciana aya con acento de amargo pesar.— Dicen (pues yo nunca lo he sabido por mí misma), que un marido es lo que le hace falta á una muchacha para estar alegre y ser feliz!

—Es tan jóven y gallardo! pronunció Victoria dulcemente.

—Y príncipe! añadió Constanza.

—Es pintor!

—Quién? vuestro maestro de dibujo el señor Belmonté? Señorita! os parece jóven y gallardo un maestro de dibujo? exclamó la vieja.

—Y qué! le está prohibido el serlo? dijo Victoria encogiéndose de hombros.

—Nó; pero es tan comun, tan plebeyo! El príncipe es el que debe ser arrogante mancebo.

—Pues es viejo y feo, contestó Victoria con cierto aire de indiferencia bien marcada.

—Imposible, señorita, no puede ser! un príncipe es siempre buen mozo!

A este tiempo, un caballero, cuyo bridon caracoleaba graciosamente y cuyo vestido bordado y botones de plata relucían al reflejo del Sol, se paró bajo la ventana de la condesita.

Saludó respetuosamente á la hija de Manzini, cuyo rostro se encendió de vivo color, y cuando perdió de vista al mancebo se retiró de la ventana.

—Mi maestro de dibujo! dijo arreglando el papel y lápiz que habia sobre una mesa.

Un momento despues se abrió la puerta y entró el jóven caballero.

—Os he hecho esperar, señorita? preguntó con temblorosa voz.

-- Bien podríais haber venido mas pronto, respondió ella afectando un ligero enfado lleno de malicia infantil.

-- Ved aquí mi excusa, replicó el jóven maestro conmovido, sacando una cajita llena de lápiz.

-- Venís de Venecia? dijo vivamente el condesa.

-- Manifestásteis deseo ayer por este lápiz!... interrumpió sencillamente el artista.

La jóven italiana prosiguió con mas viveza: Y os habreis levantado ántes de amanecer! Y cómo, habreis podido, estando tan débil, y restablecido apénas de una grave enfermedad, andar ese camino y montar un caballo tan fogoso? Cuán amable y bondadoso sois, Belmonte! añadió bajando la voz y echando una mirada de reojo á la vieja aya que se iba quedando dormida: Gracias, gracias, dijo aun con mayor emocion.

La vieja Constanza se habia quedado enteramente dormida, y comenzó la leccion de dibujo.

La condesita estaba sentada, el cuerpo doblado sobre la mesa; su garganta y espalda, de maravillosa belleza, aparecian con indefinible encanto al contemplarlas en aquella graciosa postura; sus lindos cabellos caian sobre el seno en bucles deshechos y brillantes. ¡Cuán hermosa estaba de esta manera!

Un poco apartado de la mesa estaba el maestro de dibujo como anonadado en la contemplacion de su seductora discípula. Hacía un momento que no guiaba su blanca mano; y sus ardientes ojos se fijaban

con voluptuosidad sobre aquella garganta, sobre aquel seno tan pulido y graciosamente contorneado. Muchas veces con pretexto de examinar mas de cerca el dibujo, el atrevido artista habia rozado sus negros cabellos con la rubia melena de Victoria, habia respirado con delicia el aliento embalsamado y puro de aquella niña que le pedia sus consejos de maestro: pero ni su corazon que se le sentia latir con frecuencia, ni su voz que se apagaba al querer hablar, habian revelado á la sencilla jóven la turbacion de su alma.

La cabeza de Belmonte casi apoyada en los hombros de la discípula permanecia como suspensa y enagenada en esta postura; cuando la condesita, que no oia la voz de su maestro, se volvió de repente hácia él, y los labios del jóven pintor rozaron por las sonrosadas mejillas de la bella.

Y ámbos á dos, trémulos y conmovidos, permanecieron silenciosos.

-- Ah! caballero! dijo por fin la jóven veneciana con un tono de dulce reproche y sentida voz; ay! caballero! Y salió de la estancia con paso vacilante.

Aun no habia vuelto en sí el pobre artista del aturdimiento de su accion y de aquellas palabras cuyo acento le habia traspasado el pecho, y aun permanecia inmóvil en su sitio, cuando entró de repente un antiguo criado del conde Manzini.

Llevaba un bolsillo en la mano. -- Señor Belmonte, dijo dando al pintor dicho bolsillo, desde este momento dejais de estar al servicio de

escelencia; marchad de aquí, y
 vuestra vida... no os alabeis ja-
 ni aun de haber estado en su

II.

El carnaval habia comenzado en
 época, animado, vivo, ruidoso, co-
 mo lo es siempre en esta ciudad que
 no bien ha comprendido lo que va-
 de esta temporada de locura y de
 placer: las máscaras corrian las ca-
 lles, llenaban las góndolas, y se a-
 grupaban en la plaza de S. Marcos,
 ya á pié, ya á caballo, ya en carro-
 zas, y tambien en asnos....

Hacia la mitad del dia, abriéron-
 se con ruido las hojas de la puerta
 de uno de los mas magníficos pala-
 cios que hay en esta gran plaza, y
 salió una soberbia carretela abierta,
 que á causa de la multitud tuvo que
 marchar al paso y lentamente: una
 máscara iba de pié en su interior
 disfrazada de jardinera.

Esbelta, ligera y agraciada en sus
 maneras, indicaba ser una jóven de
 temprana edad. Llevaba una precio-
 sa cestilla llena de flores que iba
 repartiendo á la multitud.

—Mascarita, mascarita, una flor?
 dijeron un grupo de jóvenes caba-
 lleros que rodearon la carroza. De
 tu mano, de tu bella mano, una vio-
 leta, mascarita!

Habiéndose parado la carretela,
 la linda máscara cogió con una ma-
 no el manojo de violetas que lleva-
 ba en la cestilla, y con la otra sa-
 cándolas una á una las distribuía,
 ya haciéndose rogar, ya dejándolas

caer negligentemente en los sombre-
 ros que le presentaban.

En medio de todo este grupo ani-
 mado, y que se afanaba suplicante
 al rededor de la linda jardinera, era
 fácil distinguir á un arrogante man-
 cebo, pálido y de espresivo rostro,
 que con los brazos cruzados miraba
 esta escena sin tomar parte en ella.

—Y tú, Belmonte, le dijo la máscar-
 ra de la carretela, no me pides na-
 da? no quieres tambien una violeta?

El artista se estremeció al sonido
 de esta voz.

—Si yo te pidiera, mascarita, no
 habia de pedirte tan poco, dijo el
 pintor.

—Qué querrias para contentarte?
 replicó la jardinera, cuyo rostro su-
 bió de color segun el vivo sonrosado
 que se percibió á traves del encaje
 que servia de barba á su careta.

—Querria toda la cestilla, res-
 pondió atrevidamente el jóven.

—Tómala, le dijo ella; y bajando
 de la carroza se fué derecha hacia
 Belmonte.—Y ahora no deseas mas?
 añadió despues de habérsela dado.

—Nó, dijo él sin dudar; y como
 hubiese cogido su brazo la disfraza-
 da dama, obligó con esta familiari-
 dad á que se alejase el grupo de ad-
 miradores que habia atraído su ga-
 llarda apostura y lindo traje.

—Pues qué?... No deseas cono-
 cerme? dijo la desconocida con un
 tono en el que se conocia bien cier-
 to despecho.

—De qué me serviria, bella máscar-
 ara?

—Para amarme, señor indiferente.

—Ah! amo ya, y para siempre,

respondió Belmonte con hondo y penetrante acento.

— Si vieras mi rostro, dijo la maliciosa jardinera, ó un bucle tan solo de mis cabellos, me pedirías otro beso.

— Victoria! exclamó trémulo el pintor.

— Silencio! Esta noche, al dar las doce espérame aquí, dijo ella alejándose; y desapareció por entre la multitud.

Eres dichoso, Belmonte! dijo al artista uno de sus amigos dándole sobre el hombro... la mujer mas hermosa de Venecia!

— Luego la conoces? contestó Belmonte con viveza.

— Quién no, la conoce! es la bella Victorina, casada hace seis semanas con el viejo príncipe Romualdo; ella es el tormento de toda Venecia; de las mujeres por su belleza, de los hombres por sus rigores... Eres feliz!

Belmonte no respondia: absorbido por su dicha esperó.

Llegó la noche; las once y media acababan de dar de la iglesia de S. Marcos, cuando Belmonte, á pesar de la oscuridad, vió venir hácia él dos personas.

La primera pasó por delante de él diciéndole con siniestra voz; « Belmonte, huye de Venecia, que la muerte te aguarda en ella.»

La segunda tomó su mano, y le dijo: « Ven! »

Al dia siguiente se halló el cuerpo del pobre artista tendido y ensangrentado á los pies del leon de S. Marcos.

E. F.

La ausencia.

Soneto.

De metálica lengua aquel plañido
Que en círculos el aire va esparciendo,
Alto suspiro que la tierra abriendo
Su corazón al hombre ha repetido;
Es de mi lira el lúgubre gemido
Que le arranca el dolor erudo y tremendo
De tu ausencia, mi Luz, que en caos horrendo
Y oscuro mi sér deja sumergido.

No ya de tu heldad el dulce encanto,
Que de mis ojos fué la lumbre pura,
Gozaré, ni mi amor podrá lograrlo

Empero si el destino á triste llanto
Hoy me condena, de la parca dura
Bien mas será despojo que olvidarte.

T.

INDICE. — La hermosura; traducción. — Recusados, de Baena; poesía. — La hija de Aber-Joseph; novela; conclusion. — A Dorila; oda; imitación de la de Horacio. — A unos ojos negros; soneto. — Del origen y progresos de la escritura. — El maestro de dibujo; novela. — La ausencia; soneto.

CADIZ: IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. D. FEROS,

calle de S. Francisco, num. 58.